

DOSSIER DE LECTURA PARA LA GYMKANA: “Yo también soy un Quijote”

Dossier elaborado por Pep Bruno

Gymkana preparada por Lourdes Quesada y Pep Bruno

Distribución y puesta en marcha de la gymkana por EvoluZiona Soluciones Integrales



www.pepbruno.com
tfnº 629140615

1ª Prueba: MOLINOS Y GIGANTES

Lectura:

CAPÍTULO VIII. DEL BUEN SUCESO QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACIÓN

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y, así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

-La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear, porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

-¿Qué gigantes? -dijo Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves -respondió su amo- de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

-Mire vuestra merced -respondió Sancho- que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

-Bien parece -respondió don Quijote- que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes, iba diciendo en voces altas:

-Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

-Pues, aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y, en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y, dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

-¡Válame Dios! -dijo Sancho-. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

-Calla, amigo Sancho -respondió don Quijote-, que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas, al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

-Dios lo haga como puede -respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. (...)

Comentario:

Este es uno de los pasajes más famosos de la novela de Cervantes. Es la primera aventura que tiene don Quijote acompañado de su inseparable Sancho Panza.

En toda la Primera Parte del *Quijote* sucede lo mismo: don Quijote *no ve* lo que hay, sino que *ve* lo que quiere ver: no ve venta que ve castillo, no ve molinos que ve gigantes, no ve rebaños que ve batalla de soldados... la clave de todo esto es lo que

Cervantes intentaba con este libro: llevar la ficción a la realidad, es decir, llevar la literatura de caballerías (totalmente irreal: caballeros partidos en dos que se pegaban con un bálsamo mágico, barcos encantados, monstruos formidables, gigantes imposibles, aventuras colosales...) a un lugar exacto y concreto, real: La Mancha. La mezcla no puede resultar más explosiva y divertida.

Algunas preguntas:

¿hay diferencia entre lo que ve Sancho y lo que ve don Quijote?

¿a qué o a quién culpa don Quijote de lo que ha pasado?

Si continúas con la lectura: ¿cómo resuelve don Quijote el haberse quedado sin lanza?

2ª PRUEBA: SANCHO MANTEADO

Lectura:

CAPÍTULO XVII. DONDE SE PROSIGUEN LOS INNUMERABLES TRABAJOS QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA QUE, POR SU MAL, PENSÓ QUE ERA CASTILLO

(...)

Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo; y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Púsose luego a caballo, y, llegándose a un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas; a lo menos, pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos a caballo, puesto a la puerta de la venta, llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo:

-Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo a agradecéros las todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden, y vengar a los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla; que yo os prometo, por la orden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad.

El ventero le respondió con el mismo sosiego:

-Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen. Sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.

-Luego, ¿venta es ésta? -replicó don Quijote.

-Y muy honrada -respondió el ventero.

-Engañado he vivido hasta aquí -respondió don Quijote-, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero, pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por agora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto, sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario, que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incómodos de la tierra.

-Poco tengo yo que ver en eso -respondió el ventero-; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

-Vos sois un sandio y mal hostelero -respondió don Quijote.

Y, poniendo piernas al Rocinante y terciando su lanzón, se salió de la venta sin que nadie le detuviese, y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho.

El ventero, que le vio ir y que no le pagaba, acudió a cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que, pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría; porque, siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado, aunque le costase la vida; porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que, entre la gente que estaba en la venta, se hallasen cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron a Sancho, y, apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo. Y allí, puesto Sancho

en mitad de la manta, comenzaron a levantarle en alto y a holgarse con él como con perro por carnestolendas.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron a los oídos de su amo; el cual, determinándose a escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y, volviendo las riendas, con un penado galope llegó a la venta, y, hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vio el mal juego que se le hacía a su escudero. Viole bajar y subir por el aire, con tanta gracia y presteza que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó a subir desde el caballo a las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado que aun apearse no pudo; y así, desde encima del caballo, comenzó a decir tantos denuestos y baldones a los que a Sancho manteaban, que no es posible acertar a escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y, subiéndole encima, le arrojaron con su gabán. Y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así, se le trujo del pozo, por ser más frío. Tomóle Sancho, y llevándole a la boca, se paró a las voces que su amo le daba, diciendo:

-¡Hijo Sancho, no bebas agua! ¡Hijo, no la bebas, que te matará! ¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo - y enseñábale la alcuza del brebaje-, que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos, como de través, y dijo con otras mayores:

-¿Por dicha hásele olvidado a vuestra merced como yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos y déjeme a mí.

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber todo fue uno; mas, como al primer trago vio que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó a Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana.

Así como bebió Sancho, dio de los carcaños a su asno, y, abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que eran gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

Comentario:

De nuevo vemos aquí la confusión entre ficción y realidad que don Quijote no llega a creer (y no llega a ver) y que Sancho siente de pleno en sus costillas: don Quijote no ve que es venta (piensa que es un castillo) y por eso no quiere pagar (aunque tampoco pagará al saber que es venta); y aunque Sancho sabe que es venta, se niega también a pagar (y lo pagará caro). Puede parecer en un momento que don Quijote no es valiente y no quiere entrar y enfrentarse a tantos como están manteando a Sancho, aunque bien pensado, la venta estaba cerrada y no se podía entrar ¿verdad? Lo que sucede es que en más momentos de la novela hay casos como este, el más llamativo es en la segunda parte, cuando don Quijote deja a Sancho en manos de los enfadados aldeanos de los alcaldes rebuznadores ¿no conoces el capítulo? Pues es uno de los más divertidos.

Algunas preguntas:

Don Quijote no paga porque dice que es regla de caballería ¿por qué crees tú que no paga Sancho Panza? ¿salió contento a pesar del manteo sufrido? ¿por qué?

Si lees el capítulo anterior y el principio de este podrás responder a estas otras preguntas: ¿qué será ese “santo brebaje” que nombra don Quijote? ¿y por qué suspira cuando ve a la hija del ventero? ¿por qué tiene que ayudar don Quijote a Sancho a subir en el burrito?

3ª PRUEBA: EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

Lectura:

CAPÍTULO XIX. DE LAS DISCRETAS RAZONES QUE SANCHE PASABA CON SU AMO, Y DE LA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ CON UN CUERPO MUERTO, CON OTROS ACONTECIMIENTOS FAMOSOS

(...)

-Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

-No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos -dijo el bachiller-, pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

-No todas las cosas -respondió don Quijote- suceden de un mismo modo. El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoo, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los memos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.

-Ya que así lo ha querido mi suerte -dijo el bachiller-, suplico a vuestra merced, señor caballero andante (que tan mala andanza me ha dado), me ayude a salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

-¡Hablara yo para mañana! -dijo don Quijote-. Y ¿hasta cuándo aguardábades a decirme vuestro afán? Dio luego voces a Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán, y, recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió a las voces de su amo y ayudó a sacar al señor bachiller de la opresión de la mula; y, poniéndole encima della, le dio la hacha, y don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberle hecho. Dijole también Sancho:

-Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el Caballero de la Triste Figura. Con esto, se fue el bachiller; y don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarle el Caballero de la Triste Figura, más entonces que nunca.

-Yo se lo diré -respondió Sancho-: porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas y dientes.

-No es eso -respondió don Quijote-, sino que el sabio, a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba el de la Ardiente Espada; cuál, el del Unicornio; aquel, de las Doncellas; aquéste, el del Ave Fénix; el otro, el Caballero del Grifo; estotro, el de la Muerte; y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llames el Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y, para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.

-No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura -dijo Sancho-, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro a los que le miraren; que, sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán el de la Triste Figura; y créame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced, señor, y esto sea dicho en burlas, que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura.

Rióse don Quijote del donaire de Sancho, pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo, o rodela, como había imaginado.

(...)

Comentario:

En este capítulo sucede una de las pocas aventuras en las que Sancho y Don Quijote no salen mal parados: Sancho llena las alforjas y don Quijote no pierde más muelas. Toda la primera parte don Quijote no deja de recibir golpes de uno y otro lado, por eso, cuando Sancho lo ve, decide nombrarle *Caballero de la Triste Figura*, parodiando las novelas de Caballerías (como luego dice don Quijote) en las que los Caballeros andantes recibían los más extraordinarios nombres. No hay que perder de vista lo que Cervantes dijo en el prólogo del libro: escribió esta novela para ridiculizar y acabar con las novelas de caballería, porque eran completamente falsas y carentes de verdad.

Algunas preguntas:

¿Te das cuenta del juego de palabras que hay al principio de estos párrafos?

Enderezando entuertos y le deja tuerto (torcido); deshacer agravios y le deja agraviado; caballero andante y que mala andanza le ha dado...

¿le hace falta a don Quijote tener insignia o escudo para que todos sepan que es el Caballero de la Triste Figura o con verle la cara es suficiente?

Si lees más: si lees el capítulo siguiente podrás disfrutar de uno de los capítulos más divertidos y entretenidos de todo el Quijote; en el capítulo Sancho hace lo posible por que don Quijote no le abandone en medio de la noche rodeado de un terrible ruido que le provoca un miedo incontrolable... no sabes qué páginas más divertidas te esperan.

4ª PRUEBA: LA LIBERTAD DE LOS GALEOTES

Lectura:

CAPÍTULO XXII. DE LA LIBERTAD QUE DIO DON QUIJOTE A MUCHOS DESDICHADOS QUE, MAL DE SU GRADO, LOS LLEVABAN DONDE NO QUISIERAN IR

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia que, después que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres a pie, ensartados, como cuentas, en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos. Venían ansimismo con ellos dos hombres de a caballo y dos de a pie; los de a caballo, con escopetas de rueda, y los de a pie, con dardos y espadas; y que así como Sancho Panza los vido, dijo:

-Ésta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras.

-¿Cómo gente forzada? -preguntó don Quijote-. ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?

-No digo eso -respondió Sancho-, sino que es gente que, por sus delitos, va condenada a servir al rey en las galeras de por fuerza.

-En resolución -replicó don Quijote-, comoquiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

-Así es -dijo Sancho.

-Pues desamano -dijo su amo-, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.

-Advierta vuestra merced -dijo Sancho- que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó, en esto, la cadena de los galeotes, y don Quijote, con muy corteses razones, pidió a los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa, o causas, por que llevan aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad que iba a galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

-Con todo eso -replicó don Quijote-, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a éstas otras tales y tan comedidas razones, para moverlos a que dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de a caballo le dijo:

-Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo éste de detenerles a sacarlas ni a leerlas; vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él le respondió que por enamorado iba de aquella manera.

-¿Por eso no más? -replicó don Quijote-. Pues, si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

-No son los amores como los que vuestra merced piensa -dijo el galeote-; que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente que, a no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta agora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fue en fragante, no hubo lugar de tormento; concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos de gurapas, y acabóse la obra.

-¿Qué son gurapas? -preguntó don Quijote.

-Gurapas son galeras -respondió el galeote.

(...)

Tras todos éstos, venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guardaamigo o piedeamigo, de la cual descendían dos hierros que llegaban a la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar a la boca, ni podía bajar la cabeza a llegar a las manos. Preguntó don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les había de huir.

-¿Qué delitos puede tener -dijo don Quijote-, si no han merecido más pena que echalle a las galeras?

-Va por diez años -replicó la guarda-, que es como muerte civil. No se quiera saber más, sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.
-Señor comisario -dijo entonces el galeote-, váyase poco a poco, y no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres. Ginés me llamo y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta a la redonda, y no hará poco.
-Hable con menos tono -replicó el comisario-, señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.
-Bien parece -respondió el galeote- que va el hombre como Dios es servido, pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla o no.
(...)

Comentario:

Este capítulo es uno de los más importantes del libro por varias razones, pero una sobre todas: la idea de libertad que aquí defiende el Quijote. Cuando más adelante leáis el libro entero veréis que la libertad está presente en todo momento, en el *Quijote* siempre se habla de la libertad y de algo más. Pensad que en la época en la que Cervantes está escribiendo esta novela es un momento en el que las libertades van menguando y la vida es cada vez más complicada en España. El Quijote defiende la libertad sobre todo, incluso sobre el rey, recuerda cuando pregunta extrañado: ¿cómo gente forzada? ¿es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?

Otro momento muy hermoso en el que se habla de la libertad es en los capítulos de la pastora Marcela, es sorprendente para aquella época que aparezca una mujer tan moderna y con las ideas tan claras y la voz tan alta en un libro, si puedes no dejes de leer los capítulos en los que se narra su aventura (en la primera parte, capítulos XII a XIV, por cierto, puedes saltarte la poesía).

Algunas preguntas:

¿sabes quién era Cide Hamete Benengeli? (si quieres una pista sólo tienes que leer el final del capítulo VIII y el capítulo IX de la primera parte para saberlo) ¿crees que existió o era una broma de Cervantes? ¿entonces quién escribió el Quijote?

¿sabes lo que son los galeotes? ¿y las galeras? ¿sabes lo que te podía pasar si eras galeote en un barco de guerra y el barco perdía en una batalla?

¿te imaginas cómo acaba este capítulo? Seguro que no, yo que tú terminaría de leerlo, será toda una sorpresa.

Si quieres saber algo más de Ginés de Pasamonte aparece en la segunda parte disfrazado de Maese Pedro, tiene un retablo de títeres y un mono adivino...

5ª PRUEBA: CARTA DE DON QUIJOTE A DULCINEA

Lectura:

CAPÍTULO XXV. QUE TRATA DE LAS EXTRAÑAS COSAS QUE EN SIERRA MORENA SUCEDIERON AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA, Y DE LA IMITACIÓN QUE HIZO A LA PENITENCIA DE BELTENEBROS

(...)

-Escucha, que así dice -dijo don Quijote:

Carta de don Quijote a Dulcinea del Toboso

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afinamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo. Si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que, con acabar mi vida, habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo. Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura.

-Por vida de mi padre -dijo Sancho en oyendo la carta-, que es la más alta cosa que jamás he oído. ¡Pesía a mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma El Caballero de la Triste Figura! Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no haya cosa que no sepa.

-Todo es menester -respondió don Quijote- para el oficio que trayo.

-Ea, pues -dijo Sancho-, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

-Que me place -dijo don Quijote.

Y, habiéndola escrito, se la leyó; que decía así:

Mandaré vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa y están a cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que consta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veinte y dos de agosto deste presente año.

-Buena está -dijo Sancho-, firmela vuestra merced.

-No es menester firmarla -dijo don Quijote-, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trecentos, fuera bastante.

-Yo me confío de vuestra merced -respondió Sancho-. Déjeme, iré a ensillar a Rocinante, y aparéjese vuestra merced a echarme su bendición, que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas que no quiera más.

-Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una o dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

(...)

Comentarios:

Don Quijote y Sancho Panza están en Sierra Morena, allí don Quijote quiere quedarse haciendo penitencia y locuras por amor a Dulcinea, a imitación de otros caballeros famosos, por ejemplo, Beltenebros (nombre que recibió Amadís de Gaula, el Bello Tenebroso). Don Quijote le pide a Sancho que le lleve una carta de amor a Dulcinea y que también le vea hacer unas cuantas locuras (desnudo como estaba). Cervantes no desaprovecha la ocasión de seguir haciendo parodia de los libros de caballerías.

Algunas preguntas:

¿sabías que el lenguaje que utiliza don Quijote en su carta (y muchas de las veces que habla) era un lenguaje antiguo ya en la época de Cervantes? ¿qué palabras crees que son muy antiguas? ¿sabes por qué razón hace esto don Quijote?

¿te has dado cuenta de que Sancho se va a ver a Dulcinea montado en Rocinante?

¿dónde estará el burrito?

6ª PRUEBA: EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS

Lectura:

CAPÍTULO XIV. DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE

En esto, ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimesmo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófár; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida. Mas, apenas dio lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacía sombra a todo el cuerpo. Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado, como de berenjena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que, en viéndole Sancho, comenzó a herir de pie y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

Don Quijote miró a su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro, pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevista o casaca de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada a un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; antes, con gentil denuedo, dijo al Caballero de los Espejos:

-Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde a la de vuestra disposición.

-O vencido o vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero -respondió el de los Espejos-, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago a vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio a la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.

-Pues, en tanto que subimos a caballo -dijo don Quijote-, bien podéis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijistes haber vencido.

-A eso vos respondemos -dijo el de los Espejos- que parecéis, como se parece un huevo a otro, al mismo caballero que yo vencí; pero, según vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido o no.

-Eso me basta a mí -respondió don Quijote- para que crea vuestro engaño; empero, para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos; que, en menos tiempo que el que tardárades en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido don Quijote que pensáis.

Con esto, acortando razones, subieron a caballo, y don Quijote volvió las riendas a Rocinante para tomar lo que convenía del campo, para volver a encontrar a su contrario, y lo mesmo hizo el de los Espejos.

Pero, no se había apartado don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y, partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo:

-Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar a discreción del vencedor.

-Ya la sé -respondió don Quijote-; con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

-Así se entiende -respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto a la vista de don Quijote las estrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho; tanto, que le juzgó por algún monstruo, o por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vio partir a su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe, o del miedo, tendido en el suelo, y fuese tras su amo, asido a una acción de Rocinante; y, cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo:

-Suplico a vuesa merced, señor mío, que antes que vuelva a encontrarse me ayude a subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más a mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

-Antes creo, Sancho -dijo don Quijote-, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros.

-La verdad que diga -respondió Sancho-, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo a estar junto a él.

-Ellas son tales -dijo don Quijote-, que, a no ser yo quien soy, también me asombrarían; y así, ven: ayudarte he a subir donde dices.

En lo que se detuvo don Quijote en que Sancho subiese en el alcoraque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y, creyendo que lo mismo habría hecho don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas a su caballo -que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante-, y, a todo su correr, que era un mediano trote, iba a encontrar a su enemigo; pero, viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, a causa que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrojó reciamente las espuelas a las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo agujerar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando a su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera.

En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote a su contrario embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, o no acertó, o no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, a salvamano y sin peligro alguno, encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que, sin mover pie ni mano, dio señales de que estaba muerto.

Apenas le vio caído Sancho, cuando se deslizó del alcoraque y a toda priesa vino donde su señor estaba, el cual, apeándose de Rocinante, fue sobre el de los Espejos, y, quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto y para que le diese el aire si acaso estaba vivo; y vio... ¿Quién podrá decir lo que vio, sin causar admiración, maravilla y espanto a los que lo oyeren?

Comentarios:

¿Pero no habíamos quedado que no existían los caballeros andantes? ¿cómo puede ser que don Quijote se encuentre con otro caballero, llamado, el de los Espejos, o el del Bosque, o el de la Selva?

Este capítulo pertenece a la segunda parte, aquí Cervantes da una nueva vuelta de tuerca, durante todas estas páginas el que parece más cuerdo es don Quijote, y los demás todos parecen locos: duques que hacen lo imposible por hacer bromas a don Quijote, gente que se viste de pastores y se van al campo a vivir como en los libros de género pastoril, otros que se visten de caballeros y se enfrentan a don Quijote... Además, en esta segunda parte, muchos de los personajes han leído la primera parte, lo que es una broma de doble vuelta. De hecho, el Caballero de los Espejos ha leído la primera parte del *Quijote*.

En esta segunda parte don Quijote siempre ve la realidad (al contrario que la primera parte que veía gigantes en vez de molinos) pero los otros se empeñan en decirle que no hay lo que ha (como cuando Sancho le engaña en su visita a Dulcinea).

Algunas preguntas:

Al principio se describe un amanecer con todos los tópicos de la literatura de caballerías ¿crees que Cervantes lo hace para que quede bonito o para burlarse de ese tipo de escritura?

¿cómo puede ser una nariz tan grande que le haga sombra a todo el cuerpo al que la tiene? ¿conoces algún poema de la época en la que se habla de grandes narices?

Don Quijote y el Caballero de los Espejos han estado toda la noche charlando juntos ¿por qué se ponen a pelear ahora?

Si lees algunos capítulos antes podrás ver: cómo engañó Sancho a don Quijote cuando fueron a visitar a Dulcinea.

Si lees el siguiente capítulo sabrás quién es El Caballero de los Espejos.

Por cierto ¿sabías que don Quijote vuelve a enfrentarse a otro caballero llamado El de la Media Luna? Será mucho más adelante ¿sabes en qué ciudad? ¿y quién ganará?

7ª PRUEBA: ALGO SOBRE CERVANTES

Lectura:

En el prólogo a las Novelas Ejemplares nos dejó su retrato tal como era a los sesenta y seis años: "de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz curva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies".

Actividad: trata de dibujar a Cervantes como te lo imaginas

8ª PRUEBA: SOPA DE LETRAS DEL QUIJOTE

Lecturas:

Aquí tienes todos los textos que te van a hacer falta para completar bien esta prueba:

[textos tomados de una versión infantil inédita]

CAPÍTULO 1.

De cómo el hidalgo Alonso Quijano se convirtió en el caballero andante don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no hace mucho tiempo que vivía un hidalgo que poseía una lanza, un antiguo escudo, un rocín flaco y un galgo corredor. Era de condición modesta y así, las tres cuartas partes de su hacienda las consumía su humilde comida, y el resto, su traje de paño, unas calzas de terciopelo para las fiestas y sus pantuflos. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta años y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo que hacía las más diversas faenas. Rondaba la edad de nuestro hidalgo en los cincuenta años: era de complexión recia, flaco de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Dicen que su sobrenombre era Quijada, Quesada o Quijana, pero esto importa poco a nuestra historia.

Los ratos que estaba ocioso -que eran los más del año-, nuestro hidalgo leía libros de caballerías con tanta afición y gusto que esta lectura le hizo olvidar casi del todo el ejercicio de la caza y hasta la administración de su hacienda. Incluso vendió parte de sus tierras para comprar libros de caballerías. Con tanta lectura el pobre caballero perdía el juicio, y se desvelaba por entender las razones de sus héroes y descifrar el sentido de sus palabras. Se enfrascó tanto en la lectura de estos libros que se le pasaban las noches y los días leyendo; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de tal manera que vino a perder el juicio. Se le llenó la imaginación de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles, de tal modo que todas esas invenciones para él eran ciertas.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo y fue que decidió hacerse caballero andante e ir por todo el mundo con sus armas y caballo en busca de aventuras e imitar todo lo que había leído que hacían los caballeros.

Y así, con estos pensamientos, lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, pero vio que no tenían casco propio de caballeros, pero lo solucionó enseguida porque de cartones hizo una media celada y la dio por buena. Fue luego a ver a su rocín y aunque estaba muy enfermo y flaco, le pareció a él que era mejor que el *Bucéfalo* de Alejandro Magno y el *Babieca* del Cid.

Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre pondría a su rocín porque -según él creía- no era lógico que el caballo de un caballero tan famoso no tuviera un nombre conocido; y así, después de muchos nombres que pensó vino a llamarle *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de todo lo que él creía.

Puesto nombre a su caballo quiso ponerse un nombre a sí mismo, y estuvo otros ocho días pensándolo. Y al fin, se vino a llamar *don Quijote de la Mancha*, por ser procedente de este lugar.

Limpias, pues, sus armas, hecho su casco, puesto nombre a su rocín y a sí mismo, ya sólo le faltaba buscar una dama de quien enamorarse, -porque un caballero andante sin amores es como árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma-. Y después de mucho pensar recordó que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo estuvo enamorado, aunque ella jamás lo supo. Esta mujer se llamaba Aldonza Lorenzo. Le buscó un nombre apropiado que sonase a princesa y gran señora y vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, nombre musical y muy significativo.

CAPÍTULO 3.

De la extraña manera que tuvo el ventero de armar caballero a Don Quijote de La Mancha

Todo le parecía bien a don Quijote, pero su única pesadumbre era no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura sin recibir la orden de caballería.

Y así, preocupado por ello, don Quijote abrevió su cena y una vez acabada llamó al ventero, se encerró con él en la caballeriza y arrodillándose ante él le dijo:

-No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que vuestra cortesía me otorgue un don que quiero pedirle.

El ventero, que vio a don Quijote a sus pies y oyó semejantes palabras, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacer ni qué decir. Insistió en que se levantase pero no quería hasta que le otorgó el don que le pedía.

-No esperaba yo menos de vuestra grandeza, señor mío -respondió don Quijote- y así, os digo que el don que os pido es que mañana me habéis de armar caballero y esta noche, en la capilla de este vuestro castillo, velaré las armas, y mañana podré ir ya por todo el mundo en busca de aventuras en favor de los humildes y desgraciados.

El ventero, que ya sospechaba algo de la falta de juicio de aquel hombre, para reír aquella noche decidió seguirle la broma, y así, le dijo que no había capilla en su castillo, pero que podía velar las armas en un patio y que a la mañana siguiente se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero. Luego don Quijote las recogió sus armas y las puso en una pila que junto a un pozo estaba, y tomando su lanza comenzó a pasear delante de la pila.

El ventero contó a cuantos estaban en la venta la locura de su huésped y todos quedaron admirados y le fueron a observar desde lejos.

En esto, uno de los arrieros que estaban en la venta quiso dar de beber a sus mulas y tuvo que quitar las armas de don Quijote que estaban sobre la pila, pero éste, al verle, le dijo en voz alta:

-¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que tocas las armas del más valeroso andante que jamás se empuñó espada! Mira lo que haces y no las toques si no quieres perder la vida.

No hizo caso el arriero de estas amenazas sino que, tomando las armas por las correas, las arrojó muy lejos. Visto por don Quijote lo que había hecho, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento en su señora Dulcinea, dijo:

-¡Ayudadme, señora mía, en esta primera aventura!

Y diciendo esto, soltando el escudo, alzó la lanza con las dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo. Hecho esto recogió sus armas y volvió a pasearse con el mismo reposo que al principio. Al poco rato, vino otro con la misma intención de dar agua a sus mulas y quitando las armas de la pila, don Quijote, sin hablar palabra ni encomendarse a nadie, alzó la lanza al segundo arriero, y le abrió en cuatro la cabeza. Al ruido acudió la gente de la venta y, entre ellos, el ventero. Los compañeros de los heridos comenzaron a tirar piedras contra don Quijote, el cual se defendía como podía con su escudo.

El ventero gritaba que le dejaran, que ya les había dicho que estaba loco. Don Quijote daba voces llamándoles traidores, diciendo que el señor del castillo era un cobarde y un mal nacido caballero pues consentía que se tratasen así a los caballeros andantes.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y concederle la negra orden de caballería antes de que sucediese otra desgracia. Y así, acercándose a él, se disculpó de la insolencia de aquella gente y le prometió que ya serían castigados. Le dijo que le daría en seguida la pescozada y el espaldarazo, y con ello quedaría armado caballero, y que ya había cumplido con la vela de las armas, pues sólo eran necesarias dos horas y él había estado más de cuatro.

Todo se lo creyó don Quijote y le dijo que lo hiciera lo más pronto posible porque, si fuese otra vez atacado después de haber sido armado caballero no dejaría persona viva en el castillo excepto las que él le ordenase.

Asustado, el ventero trajo un libro y con una pequeña vela que le trajo un muchacho y con las dos doncellas se vino adonde estaba don Quijote; le mandó que se hincara de rodillas y, leyendo en su manual, haciendo como que decía alguna devota oración, alzó la mano y le dio sobre el cuello un buen golpe, y después, con su misma espada, un espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como si rezara. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada. Don Quijote le preguntó cómo se llamaba. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que por su amor se pusiese don y se llamase a partir de aquel momento doña Tolosa. Ella se lo prometió.

La otra mujer le calzó la espuela y nuestro caballero le preguntó igualmente cómo se llamaba. Ella dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; también a ella le rogó don Quijote que se pusiese el don y se llamase doña Molinera.

Hechas, pues, corriendo estas ceremonias, no veía la hora don Quijote de subirse en su caballo y salir en busca de aventuras. Así, don Quijote ensilló a Rocinante, subió en él y abrazó a su huésped, le agradeció la merced de haberle armado caballero y le dijo cosas tan extrañas que no es posible acertar a repetir las. El ventero, por verle ya fuera de la venta, le respondió y sin pedirle los gastos de la posada, le dejó ir en buena hora.

CAPÍTULO 7.

De cómo el cura y el barbero quemaron los libros que habían vuelto loco a Don Quijote

A la mañana siguiente, el cura llamó a su amigo el barbero maese Nicolás, para ir juntos a casa de don Quijote. Allí, el cura pidió a la sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Y aprovechando que don Quijote dormía, entraron todos y hallaron más de cien libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños, y en cuanto el ama los vio, se salió del aposento con gran prisa y volvió luego con un poco de agua bendita y dijo:

-Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros y nos encanten a nosotros porque les queremos echar del mundo.

Rió el cura y mandó al barbero que le fuese dando aquellos libros uno a uno para ver de qué trataban, pues podía haber alguno que no mereciese el castigo del fuego.

-No hay por qué perdonar a ninguno -dijo la sobrina- porque todos han sido los dañadores y mejor será arrojarlos por las ventanas al patio y hacer con ellos un montón y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral y allí se hará la hoguera.

Lo mismo dijo el ama, pero el cura no quiso hacerlo sin primero leer por lo menos los títulos. Una vez revisados, casi todos los libros fueron quemados. Sólo se salvaron unos pocos que se quedaron el cura y el barbero.

Estando en esto, don Quijote comenzó a dar voces.

-¡Aquí, valerosos caballeros! ¡Aquí habéis de mostrar la fuerza de vuestros brazos!

Cuando acudieron todos donde estaba don Quijote, él ya estaba levantado de la cama y proseguía en sus voces y en sus desatinos dando cuchilladas a todas partes. Entre todos le obligaron a volver a la cama y, después que se hubo calmado un poco, dijo al cura:

-No está bien, señor arzobispo Turpín, que los que nos llamamos Doce Pares dejemos que lleven la victoria de este torneo los caballeros cortesanos.

-Calle, vuestra merced -contestó el cura-, que Dios hará que la suerte cambie y que lo que hoy se pierde se gane mañana, y atienda vuestra merced a su salud, que me parece que debe estar malherido.

-Herido no, -dijo don Quijote- pero sí molido y quebrantado. Y por ahora tráiganme de comer, que es lo que más me conviene.

Le dieron de comer y se quedó otra vez dormido y ellos sorprendidos de su locura.

Aquella noche el ama quemó todos los libros que había en el corral y en la casa. El cura y el barbero ordenaron que tapiasen el aposento de los libros para que así, cuando se levantase don Quijote, no los encontrase y que dijese que un encantador se los había llevado. Y así se hizo todo con mucha rapidez.

Al cabo de dos días se levantó don Quijote y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde lo había dejado, andaba de un lado a otro buscándolo. Llegaba adonde solía tener la puerta, y la tocaba con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra, pero al cabo de un tiempo, preguntó a su ama que dónde estaba el aposento de sus libros.

El ama, que ya estaba bien advertida de lo que debía responder le dijo:

-¿Qué aposento busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque un encantador que vino sobre una nube se los ha llevado todos. Dijo que se llamaba “el sabio Muñatón”.

-Fristón diría - dijo don Quijote.

-No sé -respondió el ama-, si se llamaba “Frestón” o “Fritón” sólo sé que acabó en “tón” su nombre.

-Así es- dijo don Quijote-, que es un sabio encantador, gran enemigo mío, que procura hacerme el máximo daño posible, pero no podrá evitar lo que por el cielo está ordenado.

-¿Quién duda de eso? -dijo la sobrina-. Pero ¿quién le mete a usted, señor tío, en esas riñas? ¿No será mejor estarse tranquilo en su casa y no irse por el mundo a meterse en líos?

-¡Oh, sobrina mía -respondió don Quijote-, qué mal enterada estás!

No quisieron las dos replicarle más porque vieron que se indignaba.

El caso es que él estuvo quince días en casa muy sosegado, y en estos días tuvo unas conversaciones graciosísimas con el cura y el barbero, pues decía que lo que más necesitaba el mundo eran caballeros andantes.

CAPÍTULO 10.

De cómo don Quijote y Sancho Panza fueron derrotados y heridos por unos malvados cabreros

A la mañana siguiente se despidieron de los cabreros y don Quijote y su escudero se internaron en un bosque viniendo a parar a un prado de fresca hierba, junto al cual corría un arroyo tan apacible que convidaba a pasar unas horas allí las horas de siesta. Allí se apearon y comieron de lo que hallaron en las alforjas.

Ordenó la suerte y el diablo -que nunca duerme- que por aquel valle estuviesen paciando unas jacas asturianas de unos arrieros yangüeses. Sucedió que, en cuanto Rocinante las olió, se fue con ellas sin pedir permiso; pero las jacas le recibieron con herraduras y dientes y en poco tiempo le rompieron las cinchas y se quedó sin silla. Luego acudieron los arrieros con unas estacas y le dieron tantos palos que lo derribaron en el suelo.

En esto, llegaban jadeantes don Quijote y Sancho que habían visto la paliza.

Y sin decir más palabras, echó mano a la espada y arremetió contra los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado a seguir el ejemplo de su amo; y nada más empezar, don Quijote dio a uno tal cuchillada que le abrió el sayo de cuero con que venía vestido y gran parte de la espalda.

Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron armados de sus estacas y agarrando a los dos en medio comenzaron a golpearles con gran fuerza y vehemencia; la verdad es que al segundo palo dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le sucedió a don Quijote sin que le sirviesen de nada su destreza y su buen ánimo. Quiso la suerte que fuese a caer a los pies de Rocinante, que aún no se había levantado, de donde viene a demostrarse la furia con que machacan las estacas puestas en manos de campesinos enojados.

Viendo los yangüeses la imprudencia que habían hecho, con la mayor rapidez que pudieron recogieron su manada y siguieron su camino, dejando a los dos aventureros en mal estado y con pésimo humor.

-Señor, yo soy un hombre pacífico y sé disculpar cualquier injuria porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar. Así que ya aviso desde ahora a vuestra merced que de ningún modo pondré mano a la espada y que perdono por amor a Dios todos los agravios que me han hecho y los que me han de hacer.

A esto respondió su amo:

-Quisiera tener aliento para darte a entender el error en el que estás. Las heridas que se reciben en las batallas más bien dan honra que la quitan; así que levántate y marchémonos de aquí antes de que venga la noche y nos sorprenda en este despoblado.

Se levantaron ambos, y Sancho acomodó a don Quijote sobre el asno y ató detrás a Rocinante; y llevando el asno por la brida, se dirigió al punto donde le pareció que podía estar el camino real, y tuvo suerte, pues aún no había andado una legua cuando se encontró en dicho camino, y allá cerca descubrió, allá cerca, una venta, que don Quijote insistió en que era un castillo.

CAPÍTULO 21

De cómo don Quijote consiguió el famoso Yelmo de Mambrino

Llegó Sancho hasta donde estaba su amo, tan marchito y desmayado que casi no podía arrear a su jumento. Cuando don Quijote le vio así le dijo:

-Ahora sí que creo que aquel castillo o venta estaba encantado, pues aquellas gentes que se divertían contigo sólo podían ser fantasmas y seres de otro mundo. Y lo digo porque no pude subir por los muros del corral y menos todavía apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado; porque te juro que si hubiera podido subir o apearme del caballo, yo te habría vengado de manera que aquellos malandrines se acordaran de la burla para siempre.

-También me hubiera vengado yo si hubiese podido, pero no pude, aunque yo pienso que aquellos no eran fantasmas ni hombre encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y hueso como nosotros. Así que creo que no hubo encantamiento alguno y lo yo que saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando nos traen muchas desventuras; y lo mejor sería volvernos inmediatamente a nuestra aldea.

-Calla y ten paciencia, Sancho, -respondió don Quijote-, que llegará un día en que verás lo honroso que es hacer este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo o qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar sobre el enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

-Así debe de ser -respondió Sancho-, puesto que yo no lo sé. Sólo sé que desde que somos caballeros jamás hemos vencido en ninguna batalla, salvo la del vizcaíno, y de ella salió vuestra merced con media oreja y medio casco menos.

Según iban conversando, torcieron por un camino, a la derecha, y fueron a salir a otro parecido al del día anterior. Al poco rato, don Quijote descubrió un hombre a caballo que llevaba en la cabeza una cosa que brillaba como si fuera de oro y volviéndose hacia Sancho le dijo:

-Me parece, Sancho, que, si no me engaño, hacia nosotros viene a caballo un hombre que en su cabeza lleva puesto el yelmo de Mambrino.

-Lo único que veo es un hombre sobre un asno pardo como el mío, que lleva una cosa que brilla.

-Pues ese es el yelmo de Mambrino -dijo don Quijote-. Apártate y déjame con él a solas: verás cómo sin hablar palabra concluyo esta aventura y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.

El caso es que el yelmo, el caballo y el caballero que don Quijote veía eran esto: que en aquellos contornos había dos aldeas, una de las cuales era tan pequeña que no tenía ni botica ni barbero, y así el barbero de la mayor servía a la menor. Ocurrió que dos hombres tuvieron necesidad de él, para lo cual venía el barbero y llevaba una palangana de latón; y como había comenzado a llover, para que no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la palangana en la cabeza y, como estaba limpia, se la veía brillar de lejos. Venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo, pero a don Quijote le pareció un caballo.

Y cuando el barbero vio que el caballero se acercaba a él, sin cruzar con él ni una palabra, a todo correr de Rocinante, apuntándole con su lanza y con intención de atravesarle de lado a lado, no se lo pensó dos veces: se dejó caer del asno y, más ligero que un gamo, comenzó a correr por aquel llano abandonando la palangana o yelmo. Don Quijote la tomó en sus manos y dijo:

- Sin duda que el pagano para quien se hizo esta famosa celada debía de tener una cabeza grandísima; y lo peor de todo es que le falta la mitad.

Cuando Sancho oyó llamar casco a la palangana no pudo contener la risa.

-¿De qué te ríes, Sancho?

-Me río de pensar en la cabeza tan enorme que tenía el pagano dueño de este yelmo, que parece más bien la palangana de un barbero.

-Sea como fuere, como yo conozco su valor, la haré arreglar por un herrero y entretanto la llevaré como pueda y será suficiente para defenderme de alguna pedrada.

Sancho pidió a su amo que le dejase quedarse con los aparejos del asno del barbero, a lo cual consistió de buen grado don Quijote. De este modo Sancho hizo el cambio con lo cual mejoró mucho a su jumento.

Después de almorzar subieron a caballo y sin tomar un determinado camino, se pusieron a caminar por donde Rocinante quiso.

9ª PRUEBA: LOS CUEROS DE VINO

Lectura:

CAPÍTULO XXXV. QUE TRATA DE LA BRAVA Y DESCOMUNAL BATALLA[[1]] QUE DON QUIJOTE TUVO CON UNOS CUEROS DE VINO TINTO, Y SE DA FIN A LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del caramanchón donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

-Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza, cercen a cercen, como si fuera un nabo!

-¿Qué dices, hermano? -dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba-. ¿Estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto, oyeron un gran ruido en el aposento, y que don Quijote decía a voces:

-¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho:

-No tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, o a ayudar a mi amo; aunque ya no será menester, porque, sin duda alguna, el gigante está ya muerto, y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

-Que me maten -dijo a esta sazón el ventero- si don Quijote, o don diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que a su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre.

Y, con esto, entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más extraño traje del mundo: estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué; y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo. Y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino; lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con don Quijote, y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y, con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote; mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba.

Dorothea, que vio cuán corta y sutilmente estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y, como no la hallaba, dijo:

-Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento; que la otra, en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

-¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? -dijo el ventero-. ¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó?

-No sé nada -respondió Sancho-; sólo sé que vendré a ser tan desdichado que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar; y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar a los rotos cueros.

Tenía el cura de las manos a don Quijote, el cual, creyendo que ya había acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo:

-Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa señora, vivir, de hoy más, segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también, de hoy más, soy quito de la palabra que os di, pues, con el ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

-¿No lo dije yo? -dijo oyendo esto Sancho-. Sí que no estaba yo borracho: ¡mirad si tiene puesto ya en sal

mi amo al gigante! ¡Ciertos son los toros: mi condado está de molde!

¿Quién no había de reír con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían sino el ventero, que se daba a Satanás. Pero, en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura que, con no poco trabajo, dieron con don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejéronle dormir, y saliéronse al portal de la venta a consolar a Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante; aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera decía en voz y en grito:

-En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fue con el costo de una noche, de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero (que mala ventura le dé Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo) y que por esto no estaba obligado a pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca. Y ahora, por su respeto, vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido. Y, por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino; que derramada le vea yo su sangre. ¡Pues no se piense; que, por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, o no me llamará yo como me llamo ni sería hija de quien soy!

Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló a Sancho Panza diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró a la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que, por más señas, tenía una barba que le llegaba a la cintura; y que si no parecía, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haría bien y sucedería a pedir de boca.

Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase. Él, que a todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que así decía:

Comentarios:

Don Quijote sueña que acaba con el gigante que tiene secuestrado el reino de Micomicón, Pandafilando de la Fosca Vista, pero Sancho, que no sueña nada, que tiene los ojos abiertos, no termina de ver lo que ve: pareciera como si Sancho se fuera haciendo un poco Quijote ¿no crees? O tal vez son las ganas que tiene Sancho de tener el condado prometido (sabes que más adelante logrará ser gobernador de una “ínsula”) y eso le hace ver lo que tenga que ver.

El ventero se queja (¿recuerdas el capítulo en el que mantearon a Sancho? Fue en esta misma venta)

Mientras don Quijote duerme hay muchos personajes en el comedor de la venta escuchando una novela: Era normal que cuando la gente llegaba a una venta (un lugar para comer y dormir) el que supiera leer (que no eran muchos) cogiera algún libro que hubiera en la venta y se pusiera a leerlo para todos, o si nadie sabía leer era normal que según entraba la noche se contaran cuentos, o sucedidos, o leyendas.

Algunas preguntas:

¿Qué novela será la que están leyendo?

¿Podrías hacer un dibujo exacto de cómo va vestido don Quijote?

¿Para el ventero quién muere: el gigante o los cueros? ¿y para Sancho? ¿y para don Quijote? ¿y para el cura?

10ª PRUEBA: EL BÁLSAMO DE FIERABRÁS

Lectura:

CAPÍTULO XVII. DONDE SE PROSIGUEN LOS INNUMERABLES TRABAJOS QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA QUE, POR SU MAL, PENSÓ QUE ERA CASTILLO

Levántose Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue a curas donde estaba el ventero; y, encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

-Señor, quien quiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama, malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y, porque ya comenzaba a amanecer, abrió la puerta de la venta, y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echarlo, y, como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación. Y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero; que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos.

Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba; y así, se bebió, de lo que no pudo haber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejaran solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano; y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante, sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él, tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó a pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así, primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y, viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:

-Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

-Si eso sabía vuestra merced -replicó Sancho-, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto, hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta prisa que la estera de enea, sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podía tener.

Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo; y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Púsose luego a caballo, y, llegándose a un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Comentarios:

Si en la prueba segunda no supiste contestar a la pregunta: cuál era el “santo brebaje” del que hablaba don Quijote, aquí tienes la respuesta, se trataba del Bálsamo de Fierabrás que, como puedes ver, no sienta nada bien a Sancho y no muy bien a don Quijote.

Estos capítulos son, sin duda, de los más divertidos de todo el libro: Sancho y Don Quijote en la venta, recibiendo a princesas y luchando con moros encantados, fantasmas y espíritus: de nuevo Cervantes escribe unos capítulos memorables para que no dejemos de reír página tras página.

Algunas preguntas:

¿Qué querrá decir que Sancho se desagua por “entrambas canales”?

Si lees el capítulo anterior y el principio de éste podrás responder a esta pregunta: ¿por qué razón necesitan tomar el Bálsamo de Fierabrás?